

Madrid Cómico

OFICINAS: CONCEPCIÓN JERÓNIMA, 10.

Ellas y ellos, por D. POVEDA



DE PESCA

Tus palabras otra vez
revelan tu ardiente afán.
Por la boca muere el pez
como asegura el refrán.

15 CENTIMOS



De todo un poco.

Parece lógico que en verano «el calor de la improvisación» sea más intenso, y sin embargo para un cronista de *mis vuelos* todo son dificultades en cuanto llega el momento de enviar el original a la imprenta.

La primera el calor; con 42 grados y 7 décimas no se le ocurre a uno más que hablar de cosas frescas ó escribirle una oda á los «pozos de la nieve.»

¡La nieve!... ¡Qué fantasía tan consoladora!...

En todos los órdenes de la vida, el «justo medio» de que hablaba el clásico es lo más prudente y en esto de la temperatura sucede lo mismo; las estaciones intermedias son las más soportables.

Protestamos de los extremos como si eso nos sirviera de algo y como si nos sorprendiera efectivamente que en verano se haga caldo el asfalto de las calles y en invierno se hiele la llama de la chimenea.

No hay que preocuparse.

Se hace uno el loco ante las alteraciones del clima y en paz. Ya lo aconsejó Ferreras oportunamente. «No hagan ustedes caso de los termómetros.»

Hablar del calor es una vulgaridad tan antigua como el verano, pero no es menos cierto que la actualidad se impone y se abre paso á través de todas las consideraciones.

La actualidad ha sido la explosión del *polvorín pequeño*. (Le llaman «pequeño» á eso que explotó el jueves). El origen de la cosa, según dicen ha sido la dilatación de los gases efecto del terrible calor de estos días, y la descomposición de las materias explosivas hacinadas en aquella parte del polvorín.

El calor es un agente que tira al degüello á las Compañías de Seguros.

Hubo técnico en el campamento que para consolarnos de la catástrofe, decía:

—Esto no ha sido nada; si hubiera volado aquel otro, que es el grande... la fecha de hoy sería de eterno recuerdo en la historia de España.

—¿De modo que usted cree?...

—Que esto es un aviso providencial para prevenir mayores horrores.

Y á continuación hizo infinitas observaciones acerca de aquellos peligros constantes; que no son de este sitio pero que, créanme ustedes, ¡ponían los pelos de punta!...

¡Dios nos ampare!

Y eso que por las muestras también se hace presente estos días la cólera divina, amenazando desde las alturas á los pecadores...

El trueno gordo, en la madrugada de ayer, aumentó los vivos comentarios sobre la catástrofe del campamento, haciéndonos repetir la célebre frase del héroe de Cascorro:

—¿Se può vivir?

Por estos barrios la preguntita no pierde oportunidad.

Vive uno de milagro, y no se está seguro ¡ni en la casa de Dios!...

Que lo digan en Orense.

Todas estas cosas contristan el ánimo y á este paso dentro de poco

no va á haber en España, que es el país del ingenio, quien tenga humor para hacer un chiste. ¡Ni los músicos!

Me refiero á los maestros Calleja, Lleó, Quinto, y Serrano, gracioso cuarteto que todo lo pone en solfa y que actualmente está confeccionando un alfabeto modernista. Han variado todas las letras; ahí van algunas:

La G—latina; la P—lotera; la L—mental; la N—miga; la Q—curbitácea; la K—lifornia, etc., etc.

¡Oh felices mortales!... Para vosotros no hay pesares; la vida es un chiste y hacéis bien...

No vale la pena de tomarlo en serio ni aun con música.

Ya habréis visto que hasta en el Real se han sentido los terribles efectos de la explosión. Dicen los periódicos que, «los encargados de su custodia creyeron que había ocurrido un hundimiento»...

¡Qué ironías tiene la casualidad!

Algo se parece á un «hundimiento moral» el abandono en que se han verificado los tres concursos sucesivos.

Sólo se ha presentado un pliego en el tercer golpe.

¿De quién?

No lo sé, pero me lo figuro: del Cid Campeador.

Una de dos; ó es un temerario, que no sabe en dónde se mete, ó es un señor que está en el secreto.

Ya lo veremos.

En medio de tanta desdicha, siempre es un consuelo el Arte para los hombres de cierto espíritu y, gracias á Dios, habrá *gorgoritos* este invierno en el Teatro Real.

En los principios del concurso parecía tan imposible la presencia de un solicitante como el hallazgo y captura de la Cecilia, especialista en crímenes y gran protagonista para una novela *sensacional*.

En el Ministerio de Bellas Artes había, hasta hace poco, un cartelito que decía:

Hace falta un empresario,

y en el Juzgado que instruye la causa del terrible drama de la calle de Fuencarral han colocado este otro:

Hacen falta tres cocheros.

Porque ahora resulta que la célebre *trágica* utilizó tres carruajes «á la gran Simón».

En una semana un crimen, una explosión, dos tormentas, varios chistes, un rayo...

¿Quiéren ustedes algo más?

Pues tiene *contera* la semanita y de cuidado.

Me refiero á eso que nos hace fumar la Tabacalera. Por aquí vendrán otras explosiones... de indignación.

Pero, vamos á ver, ¿es que no hay manera de que el Gobierno evite esos abusos?

¿Vamos á seguir *tirando* de esas hierbas combustibles que hacen en los pulmones el efecto de una terrible pócima?

Poco, malo, caro, húmedo, y nada; el pacientísimo Job (suple pueblo) á todo callaba.

Insistiremos enérgicamente hasta conseguir que los *viciosos* se declaren en huelga ó la Compañía Arrendataria mejore el tabaco.

Y basta de croniquita.

Estoy viendo que me echan ustedes en cara los tonos siniestros de la presente, y con razón.

Me despido, pues, hasta la próxima semana, ó, si Dios no lo remedia, hasta la *próxima desdicha*.

¡Tengo el corazón en un puñal! *Mejor están en Bombay*.

ENRIQUE LÓPEZ-MARÍN

¡Bronca en el ocho!

Si es difícil reunir cuatro personas que juzguen lo que ven del mismo modo, dicha dificultad se manifiesta entre los entusiastas por los toros.

El diestro más notable y de más fama, que demuestre toreando más arrojo, si para unos resulta un gran torero no es más que uno de tantos para otros; y menos mal si al exponer sus juicios francamente y á voces *coram populo* no encuentra el Castelar improvisado dos bastonazos que le vuelven loco; que así se expresan muchos entusiastas cuando sienten herido su amor propio viendo humillado al diestro que prefieren mientras se aplauden las faenas de otro.

—Mire á Fuentes poniendo banderillas, con los palos el *nene* es un asombro.

—Si llegara á tener con el estoque la misma habilidad sería el colmo...

—¡Vaya un bonito par que ha puesto al quiebro!

—¿Tiene usted telarañas en los ojos, amiguito? porque eso ha sido un cambio de Fuentes, con muchísimos adornos y mucha habilidad y el que dijere lo contrario acredita que es un *topo*.

—El *topo* será usted, porque demuestra que entiende usted de cuernos tanto como entiende un servidor de captar ranas...

—Usted es un animal.

—Y usted es un bobo.

(Zis, zas, dos bastonazos superiores que interrumpen el diálogo de pronto, mezclados con graciosas *cuchufletas* de los espectadores que están próximos.)

—Si hoy no hay arte, ni toros, ni toreros.

—Mejores que estos tiempos no ha habido [otros.

—Ni quien sepa picar...

—Hay picadores

que, si ellos quieren, valen un tesoro...

—Quebrando con soltura y maestría no ha habido nadie que supere al *Gordo*, que fué canela pura...

—Pues hay flacos

que en banderillas son unos fenómenos.

—Entre los matadores que hoy se estilan

no ve usted ni uno que se *tire en corto*

ni se *moje las uñas*; los toreros

son hoy los asesinos de los toros.

—Si para asesinatos de esa clase

señalaran la muerte nuestros Códigos,

¡víctimas del garrote hubieran muerto

los diestros más insignes y famosos!

—Los antiguos, con su arte y valentía

no disfrutaron sueldos fabulosos,

pero, en cambio, los diestros que hoy sufrimos

que cobran mucho, trabajando poco;

viajan en *Lepin-kar*, tienen hoteles y caballos de lujo y coche propio.

—Hasta el respeto al público que paga

se encuentra en un estado lastimoso,

porque si usted critica los recortes

que quitan facultades á los toros,

las puyas en el rabo, y las faenas

insoportables que ejecutan todos

los coletas, y que hacen de la plaza

madrileña la plaza de un *vilorio*,

se expone usted á ser víctima segura

del furor y las iras de algún *prójimo*

que hace demostraciones indecentes,

le insulta á usted, ó le estropea un ojo!

—Si toreara yo, lo mismo haría,

porque en Madrid el público es muy tonto.

—El tonto será usted por sus discursos

que resultan bastante empalagosos.

—Usted es un ignorante en la materia

como otros muchos que hay.

—¡Adiós filósofo!

—Salga usted de la plaza á decirme eso.

—Lo digo aquí, sentado, que es más cómodo.

Se arma el jaleo, el público entusiasta

con sus voces aumenta el alboroto...

se oye el dulce sonido de un cencerro

que ha llevado un guasón... ¡bronca en el ocho!

EUSTOQUIO LASO Y BAÑARES

Matilde Pretel.

A fines de la pasada semana hizo su reaparición en el teatro de la Zarzuela. El cartel se vistió de gala para recibirla dignamente y el teatro entero debió estremecerse de orgullo y de alegría.

Nada más natural. La actriz famosa que siendo todavía una chiquilla, supo hacer una creación de aquella *Miss Helyett* de grata memoria, infundiéndole todo el calor, toda la exquisita delicadeza de su alma de artista, llegaba, después de algunos años de ausencia, al escenario de sus primeros triunfos. Viva está en mí y como grabada está en mi espíritu y en mi cerebro con caracteres imborrables la impresión que me produjo dentro y fuera de escena aquella muchachita elegante y delicada como una porcelana de Sévres, aquella mujer en abreviatura, cuya seriedad impropia de sus pocos años formaba rarísimo contraste con la mirada inteligente, inquieta y escudriñadora de sus ojos grandes y negros como la noche, falsos como una promesa gitana. Sugestionado, no sé si por la artista ó por la mujer, pues juro á ustedes que no logré darme cuenta exacta de ello, seguí con extraordinario interés toda su historia artística, una historia brillante de veras y tan curiosa en sus principios, que no resisto á la tentación de dársela á conocer á ustedes.



Matilde Pretel es una valenciana educada en Madrid en cuyo Conservatorio obtenía, siendo muy niña aún, el primer premio de piano. Su afición por el teatro rayaba en delirio, pero la oposición decidida y constante de su familia y sobre todo de su padre (un coronel severo, rígido y que no transigió nunca con las costumbres del teatro) dieron al traste con todas las ilusiones de la futura tiple.

Sin embargo, *estaba escrito*, que dicen los árabes, y Matilde Pretel, tras largo tiempo de incesante lucha entre sus aficiones artísticas y sus deberes de hija sumisa y obediente, se decidió por fin y, con una energía de que nadie la hubiese creído capaz, salió de su casa una mañana sin que nadie se enterase de la escapatoria, y acompañada de la criada se presentó en el teatro de la Zarzuela, solicitando con mucho empeño ver al director.

Recibiólas éste y excuso decir á ustedes la sorpresa que le produjo oír á aquella señorita que, apenas vestida de largo, aseguraba con mucha formalidad que quería debutar inmediatamente como tiple. Echóse á reír nuestro hombre y aumentó más aún su sorpresa cuando Matilde le dijo con mucha seriedad.

—¡Si me oyese usted cantar cambiaría muy pronto de opinión!

Y con tanta seguridad lo dijo y tanta amargura y tanta tristeza puso en sus palabras que, el buen director, interesado ya en el asunto, decidió oír la inmediatamente. Poco después, Matilde Pretel debutaba haciendo el *Roberto de La tempestad*.

Conviene advertir que, hasta la noche del *debut*, la familia no supo una palabra de todo aquello. Unas veces con el pretexto de ir á casa de esta ó de la otra amiga, otras veces haciéndoles creer que iba á comprar tal ó cual cosa, la pequeña artista concurría á sus ensayos

diariamente acompañada de la fiel criada, única depositaria de los secretos planes de la señorita.

Pero llegó la memorable noche y no hubo más remedio que revelar la verdad en casa antes de que la supiesen por los periódicos... ¡y allí fué Troyal... ¡imagínense ustedes el disgusto verdaderamente horrible que se llevó aquella familia! Afortunadamente ya estaba hecho y no se podía retroceder. En estas condiciones debutó Matilde... y á la mañana siguiente leía con lágrimas en los ojos las reseñas de la prensa que daba cuenta del brillante éxito alcanzado por su hija á la que llenaban de elogios y de felicitaciones.

A partir de aquel momento la decoración cambió totalmente. Parientes y amigos transigieron con ella, en vista del triunfo logrado, siendo en lo sucesivo sus más ardientes defensores, y para colmo de satisfacciones, la misma empresa del teatro, convencida de lo que valía la nueva tiple, le señaló sueldo inmediatamente. Llegó el día de nómina, cobró en contaduría y... aquí dejó la palabra á la interesada que ha de contarle mejor que yo.

—Imagínese usted—me dijo al referírmelo—imagínese usted lo contenta que yo volví á casa aquella tarde. Acababa de cobrar, era el primer dinero que ganaba, producto honrado de mi trabajo, y con la satisfacción de ser útil á mi familia y á mi casa volaba por la calle deseando llegar... Subí volando las escaleras, entré en el despacho de mi padre y, sofocada por la emoción, radiante de orgullo y de alegría, dejé sobre la mesa aquel dinero, una cantidad insignificante que entonces me parecía enorme y que hoy me haría reír. Miróme mi padre bondadosamente y ¡cruel sorpresa! me lo devolvió en seguida exclamando: *He transigido con tu decidida vocación por el teatro, pero no quiero dinero de él. Tuyo es puesto que tú lo ganas, guárdalo y ahórralo para ti, que yo, mientras viva, no necesito de tu ayuda para mantenerte dignamente.*

¡Sublime orgullo y elocuente rasgo que pinta la entereza de aquel carácter digno de la edad de hierro!...

Después... ¿para qué decirlo? Todos ustedes lo han presenciado. La fama de Matilde Pretel creció rápidamente. En *LA CHOZA DEL DIABLO*, en *EL REY QUE RABIÓ*, en cuantas obras tomó parte se hizo aplaudir por todo el mundo con igual entusiasmo. Y llegó *MISS HELYETT* y desde aquella memorable noche (consagración solemne de la artista) Matilde Pretel ocupó lugar preferente entre las primeras figuras del arte lírico nacional.

Y esta es la tiple que reapareció hace pocas noches en la Zarzuela en medio de una ovación estruendosa y unánime. Y ¡vive Dios! que siento de veras no poder hacer más extenso este trabajo porque es verdaderamente interesante la larga serie de anécdotas, graciosísimas unas y conmovedoras otras, que constituyen la historia artística de Matilde Pretel.

Paciencia por hoy. Ya la escribiré algún día.

RAMÓN ASENSIO MÁS

Cantares.

De tus ojos que me matan,
quisiera ser el Fiscal,
para pedir que se cierren
y que me dejen en paz.

Sonando en ser muy rica
me abandonaste,
y ahora pides limosna
por esas calles.

Dios sabe si yo pasé
fatiguillas por cuidarte,
que si el aire te besaba
me daban celos del aire.

Me hace falta un corazón
porque tengo preso el mío,
y con tan fuertes cadenas
que ha de morirse cautivo.

No se entenderán los dos:
que á él le falta voluntad
y á ella sobra corazón.

Mientras te quise aprendí
la diferencia que existe
entre vivir y morir.

Es el querer cuando nace,
torrecilla sin cimientos
que si la empujan se cae.

Una penita muy grande
me llevaba á la agonía
amarrado á su cadena,
me besó la mare mía
y se me quitó la pena.

Cuando ausente estoy de tí
me rebosan las palabras,
pero al volver á tu lado
ya no sé decirte nada.

Las penitas que me das
no encuentro donde meterlas
¡en mi corazón no caben
que está rebotando penas!

NARCISO DÍAZ DE ESCOVAR

Gotas.

La experiencia del doctor
que nos cita Campoamor
suele resultar mentira:
si es un ángel quien lo inspira
la ausencia aumenta el amor.

Te conozco, y á mi juicio,
el único sacrificio
que aceptarías gustosa
es que te llamara hermosa
siendo más fea que Picio.

Según me han asegurado,
becerro que fué lidiado
es malo de capear.
Y á mí, dos veces burlado,
¡tú me volviste á engañar!

Creyendo verdad la Historia
voluntario fui á la guerra,
y allí aprendí de memoria
que al que sucumbe con gloria
como á todos se le entierra.

De rodillas ante un santo
fervientes ruegos hacías.
Por saber qué le pedías,
¡quién poseyera el encanto
de ser santo un par de días!

Si te vas á confesar
con ese rostro hechicero,
que está convidando á amar,
¡hasta el cura va á olvidar
el mandamiento primero!

No se juzgue vencedor
quien por primera vez venza:
cien triunfos ganó Almanzor,
perdió en Calatañazor...
¡y se murió de vergüenza!

Si en amor se es principiante,
al darnos cita una amante
¡qué largo se nos figura
el tiempo que hay por delante!
¡Qué corto el tiempo que dura!

M. PÉREZ SERRANO

«CARRETERA REAL ABAJO», por O. KUN

TARJETA POSTAL



—Déjale que vaya delante y que haga sonar esa enorme bocina.
—Claro, así no oye tus atrocidades...

TARJETA POSTAL



Éstrofas galantes.

Eres aquí en la tierra mi ángel santo,
con la misión del Todopoderoso,
de guiar á mi espíritu fogoso
al reino de la luz y del encanto.

Eres confortador á mi quebranto;
á mi agitado ánimo, reposo;
paz, á mi corazón impetuoso;
y, fuego secador, para mi llanto.

Cuando te evoco sin cesar suspiro,
y es tan solo seguirte, mi deseo;
mas, yo no sé si sueño ó si deliro.

—A la vez ambas cosas que son, creo—
pues, te veo en todas partes donde miro,
y en todas partes sin mirar te veo.

JUAN F. CRUZ ALCOBA



Alma de mujer.

Recuerdo, ingrata, con profunda pena,
que junto á tí en el palco me encontraba,
y unas veces ansioso te miraba
y miraba otras veces á la escena.

De ternura infinita el alma llena,
la dramática acción me subyugaba;
pero después mi anhelo mitigaba,
contemplando tu frente tan serena.

En el drama, un amante desdichado
por la que fué su amada despreciado,
arrojábbase al mar desde una roca.

Y al llegar á esa escena culminante,
se oprimía mi pecho jadeante,
mientras reías tú, como una loca.

FERNANDO AGEA Y FALGUERAS

BROMAS DE SALÓN, por GUILLAUME



—Oye, marquesa, tu marido me está haciendo el amor toda la noche.
—No te importe; es inofensivo.

ELLAS Y ELLOS, por D. POVEDA



EQUITACIÓN

- Comprendo que estarás reventado.
- ¡Hecho cisco!
- Haces cosas propias de un chico de veinte años.
- Pues ya sabes que hasta hace poco tiempo he sido un jinete intatigable.
- Bueno; pero ya no estás para ciertos trotes...
- Te diré...

Las banderillas.

(Fragmento del sainete lírico EL APRENDIZ)

ANTOÑIYO

Como que no hay quien sepa en toa Seviya hasé una cosa como la hasé menda, ó si no, atiende aquí, que en cuanto atienda se te va á caé la baba, Carmeliya.

La historia es mu corriente y mu sensiya:

lo que hasen los que son afisionao y no tienen padrino que lo ampare pá sacarlo á la plaza contratao: hay que buscá la fama en otro lao (y eso lo dise hasta tu mismo pare).

Estábamo-j-er miércole sitao en la Alamea Vieja er *Duende*, er *Langostino*, la *Lenteja*, y un servidó de usté, serrana mía; en cuanto rayó er día no-j-encontramos ayí los cuatro junto y, como es naturá, nadie tenía ni pá un coche de punto, ni pá tomá er tranvía.

Andando á la estación. Cuando yegamo ya iban á dá la siete

y ya iba á salí er tren, que lo arcansamo grasia-j-á que nosotros no pensamo en detenerno pá tomá biyete.

No hay que soñá en viajá ni en la perrera; ca uno s'agarrá á un tope como sabe y, miá tú, Carmeliya, que es suave er movimiento que hay de esa manera!

Es iguá. ¿Quién se apura

por i viajando con er tren pagao?

Cualquiera viajero te asegura

que son los revisore-j-empleao...

Yo te digo que no: que son *Miura*.

Total: Utrera veintidós minuto...

disen que dise un tío; yo, hija mía,

no sé si eso es verdá, porque á la vía

nos tiramos tó-j-antes como bruto.

Entra en er pueblo... por la puerta farsa,

un servidó, y er *Duende*, y la comparsa;

paseo, ayuno... como tú comprende,

sei-j-ó siete pamplinaz que hase er *Duende*, y dá la hora é los toro. Ya cá uno ni piensa en la amistá ni en el ayuno.

Me separo de tós. Yo me doy trasa

pá colarme en tos lao;

¿que hay que agarrarse pá sartá un tejaó?

Pué me sarto er tejaó y en la Plasa.

Salé er primé buró: mar toreaó;

segundo: lo mismito que er primero;

una jindama atro-j-en loz torero,

er Bombita y er Fuente-j-azaraó,

la Plaza hecha tarmente un herraero,

y yo jme caso en diez! desesperao.

Total: que ar quinto toro,

en cuanto que tocaron banderiya

no sé lo que me entró: pensé en el arte,

pensé en mi Carmeliya,

pensé en tí.

CARMEN

¡Só mocoso!

ANTOÑIYO

¡Quiés cayarte?

Pensé en tó lo que quiero más que á mi vía y más que ar muudo entero, y dije:—Ayá voy yo!

CARMEN

¡Tú?

ANTOÑIYO

¡Ten cachasa!

¡Ar reondé!

CARMEN

¡Te echaste tú á la Plasa?

ANTOÑIYO

Que te caye, chiquiya!
Primera suerte: cuarteá á un guindiya
que viene á sujetarme sable en mano;

le quitó un par de palo-j-ar Moyano,
me voy pa er toro, los paliyo-j-arso,
se arranca...

CARMEN

¡Y qué?

ANTOÑIYO

Una salía en farso.

Güervo á sitá á la fiera desegüía
antes que venga nadie y me lo impia;
corro, la alegre, embiste, yo la espero,
meto er cuerpo ar yegá con valentía
y le quiebro dos palos que... ¡hija mía!
¡ni Armendro, ni Antolín, ni er Patatero!

Olés, parmas, tabaco-j-y sombrero;
er disloque, la gloria é la corria;
se güerve loca ar verme toa la gente...
y me manda prendé er presidente.

«¡Que no; que no; só burro; só canaya;

que se vaya á la caye; que se vaya;

só bestia; só indesente!»;

lo naturá; me meto en er tendio,

viene un guardia á cojerme, se arma un lio,

y me escondo entre er pueblo soberano.

Tos lo-j-afisionao me dan la mano,

embelesás me miran las mujere...

y yo... no pienso en ná, ¡porque tú ere,

Carmeliya, mi vida y mi alegríal

¡porque aqueyo que yo hise en la corria

era na más que pa que tú supiera

que hay quien te quiere con el arma entera,

quien se pone por tí delante é un toro,

quien te yama su encanto y su tesoro,

quien te dise la gloria de Seviya,

y quien al i á clavá dos banderiya

de esas que sirven pa ganá ovacione,

se arranca con coraje y con riñone

porque lo vá á sabé su Carmeliya!

A. CUSTODIO PINTADO

JOAQUÍN LÓPEZ BARBADILLO

De once á cuatro.

Estas son las horas que tiene de oficina en el Ministerio, el señor don Mamerto Cachiporreta, auxiliar de la clase de primeros en la Administración pública, prestamista usurero, de ocho á diez, en su domicilio, Carbón, 34, 3.º derecha; asiduo concurrente al café de Correos, de 9 á 11 de la noche, y celoso perpetuo y á todas horas de su hermosísima mujer Laura Bernechicto, á la que el empleado-usurero no deja en paz un solo instante, con su escama ridícula y su humor atrabiliario.

Cachiporreta no es joven, pero en cambio es feo, con el aditamento de ser un mucho avaro, y un muchísimo gruñón y antisociable.

Casado en segundas nupcias con la encantadora Laura, á la que dobla la edad, con algún piquillo de sobra, en lugar de conquistar y afianzar el cariño de su esposa por la dulzura, la terneza y la buena voluntad, parece como que tiene decidido empeño en divorciarse de su afecto, y colocar á su pobre víctima al borde del abismo.

Y ese abismo existe, existe en forma de primo, un muchacho joven, guapo, elegante, que cursa el último de medicina, y que casi podemos apostar que ya ha obtenido el grado, en el sensible corazón de su primita.

¿Cómo se efectuó el desigual enlace de Mamerto y Laura?

Es una historia de las más sencillas, y de las cuales se pueden citar diez ó doce todos los días en la Villa del Oso y el Madroño.

Una madre anciana y viuda, vegetando, lo cual no es lo mismo que vivir, de la cortísima pensión que la dejó el difunto capitán de caballería, al caer muerto en los montes de Navarra, en la última guerra civil. Una hija bonita, muy modosa, muy bien educada, chapurreando el francés, sabiendo aporrear el marfil de un piano con dos ó tres walses y otras tantas polkas, inteligente en las labores de adorno, y sin saber, como vulgarmente se dice, «freir un par de huevos»—con todas las exigencias de la juventud y todas las tentaciones de la moda; un fajo de papeletas de empeño—todas de poco valor—un acreedor implacable, un casero sin entrañas, un juicio de deshaucio entablado y una Providencia, á peseta por duro mensual, encarnada en la persona de un vecino, que alardea de amigo cariñoso y desinteresado, y este amigo que compadece á la madre y enamora á la hija, y cuyo tipo innoble toma encarnación en la antipática figura de Cachiporreta, y después la miseria que espolea, la miseria que abruma, los amigos y los conocidos que murmuran; y un día, después de muchas lágrimas, una vieja que llora, un necio que se frota gozoso las manos, y una pobre niña, temblorosa y pálida, que entra en la Vicaría con la sonrisa en los labios y la muerte en el alma, un pobre ser desesperado, un ángel que quema sus alas de oro y azul en la llama impura de un amor egoísta y sensual... y después una mártir más, por el pronto, una mujer culpable más tarde... y un marido puesto en ridículo, por su sola y exclusiva culpa, por su estúpida vanidad, por su falta de sentido común.

Cachiporreta comprendió bien pronto que aquella mujer que había comprado, le pertenecía tan sólo de una manera material. El alma de

Laura no se había asomado á sus ojos para contemplar á su marido un instante siquiera. Sus besos fríos y ceremoniosos no tenían ese soplo de ardiente pasión que abrasa y vivifica á un mismo tiempo. A su frase tranquila y reposada, faltábale el caloroso arranque de la pasión, la dulzura de la caricia, el dulce rumor de la queja, la tiernísima armonía de la súplica.

Aquella frialdad asustó al egoísta Cachiporreta, y pensó en seguida que el alma de hielo de su mujer, debía fundirse al calor de los besos de otro hombre, y dióse á cavilar cómo evitaría que animase aquella estatua otro soplo vivificante que no fuese el suyo.

La oficina, y sus negocios particulares, teníanle alejado de su casa muchas horas, y no encontró medio mejor para asegurar su tranquilidad y su reposo que rodear á su mujer de espías asalariados, que le dieran cuenta exacta de sus acciones y de todos sus pasos.

Proscribió en absoluto las visitas; se opuso formalmente á que Laura viese á sus deudos, en particular al primo médico, gratificó todo lo espléndidamente que su avaricia pudo permitirle á la criada, y confinó á su suegra en un pueblo cercano á Madrid, aislando completamente á su desventurada compañera.

Laura comprendió bien pronto todo el horror de su situación, y como es natural, se rebeló contra aquella insoportable tiranía.

El primo, acentuó sus ataques, sabiendo los puntos débiles que tenía aquella fortaleza, y sucedió lo que no podía menos de suceder.

El médico no podía entrar en la casa, pero Laura podía salir. Y casi todos los días de once á cuatro, salía efectivamente, y daba la casualidad que encontraba al doctor, y juntos, lamentando sus desventuras mutuas, daban largos paseos por las solitarias alamedas de la Casa de Campo, la Moncloa ú otros parajes adecuados para el esparcimiento é inocente solaz de dos almas tristes y atribuladas como las suyas.

El primo, que era más espléndido que el marido, había gratificado mejor á la doméstica, y ésta callaba prudentemente, y no daba cuenta al usurero de las diarias salidas de su mujer.

En cuanto á entrar el primo en casa, como algunas veces ya lo había indicado, ni Laura quería consentirlo ni la maritornes se decidía á apadrinarlo.

Era aquello mucha trasgresión de las órdenes recibidas, y una y otra conocían de sobra al caballero, para atreverse á semejante cosa.

Salir, bien, volviendo á la hora convenida; pero nada más.

Así las cosas, la picara casualidad que se mezcla en todo, para desbaratar los planes mejor combinados, hizo que una tarde, viese á los jóvenes enamorados un viejo pariente de don Mamerto.

Aquella misma noche, tuvo el usurero noticia de la excursión de su mujer, y dominando su primer impulso de rabiosos celos y cólerica desesperación, formó el propósito de callarse y espiarla por sí mismo, poniendo en práctica desde el siguiente día su resolución.

Sería interminable el relato de las precauciones, los disfraces, los medios, que adoptó el celoso marido para llevar á cabo su plan.

Una tarde por fin, logró su propósito. Laura salió sola, y se dirigió hacia el Parque de Madrid. En lo alto de la calle de Alcalá, reunióse con ella el odiado primo, y juntos siguieron hasta dicho paseo.

Cachiporreta les seguía a lo lejos, con un traje medio chulo, de americana corta y sombrero hongo, empuñando un roten grueso en la crispada mano.

Al verlos internarse por lo más intrincado de los bosquecillos, el celoso apretó cautelosamente el paso, y preparóse a dar el gran escándalo.

A la distancia que los seguía, le era imposible entender ni una sola palabra de su conversación, pero por los ademanes y el gesto de los interlocutores, le pareció adivinar que el primo solicitaba, y negaba la prima; esto le tranquilizó algún tanto.

Llegó un momento, sin embargo, en que el doctorcillo audaz, besó rápidamente la mano de Laura; ésta pareció disgustarse profundamente por aquella caricia robada, y adelantándose algunos pasos dió la espalda al joven, quedando al parecer ofendida y ruborizada, por tamaño atrevimiento.

Este, confuso y cariacontecido, en actitud humilde y respetuosa, ligeramente inclinado, parecía formular sus excusas en tono bajo y entonación sentida.

Laura, no debía estar dispuesta a otorgar su perdón, pues continuaba en la misma actitud y sin volver la cara.

Pero aquel beso que había visto dar, quemaba como un botón de fuego las entrañas de Cachiporreta, y dispuesto a vengar el agravio, avanzó cautelosamente hasta colocarse a dos pasos de los enamorados, y oculto y resguardado por el tronco de un árbol, descompuesta la faz, y erizados los pelos, enarboló el garrote y se dispuso a soltarle un estacazo mayúsculo a su odiado rival.

Y ya se preparaba a dar el golpe, cuando al enarbolar el roten, sintió que le sujetaban fuertemente el brazo por detrás, mientras que una voz desconocida murmuraba en sus oídos.

—¿Que va usted ha hacer, cobarde..?

Mamerto, lanzó una enérgica interjección. Los atortolados primos se volvieron asustados, y vieron a Cachiporreta luchando a brazo partido, con un guarda del paseo, que joven y vigoroso arrancó el palo sin gran esfuerzo, de manos del furioso marido.

Laura se desmayó y, es claro, fue auxiliada por el médico que se encontraba más cerca.

Que era su primo.

Y hoy, en no se que Juzgado de Madrid, se tramita un expediente ó pleito de divorcio, que aseguran que será ganado por la señora.

La señora es doña Laura Bernechito.

Naturalmente, no se podrá casar con el primo, hasta que quede viuda..

¡Pero que más dá!

E. NAVARRO GONZALVO

La condición.

Absorto ante el lecho
quedéme mirando
su rostro de virgen
muy triste, muy blanco.

Sus ojos hermosos
estaban cerrados;
la luz de su vida
ya se iba apagando.

La besé en la frente
y al leve contacto
sus ojos se abrieron
y en mí se fijaron.

Hablarme quería...
me acerqué á sus labios
y oí que me dijo
con acento vago:

—Quiero que mañana
me vistan de blanco,
con muchos encajes
con cintas y lazos..

Que en mi pelo prendan
jazmines y nardos...
¡Que yo vaya hermosa
hasta el Camposanto!..

JUAN CASTAÑEDA

Vida Literaria.

A RAS DE TIERRA, por Manuel Bueno.

Páginas de la vida, fragmentos de crueles historias y de dolorosas confesiones, descripciones de seres y cosas, y, sobre todo esto, la huella precisa y enérgica de una personalidad; tal es ese libro.

Es un libro personal y es un libro artístico, por lo tanto. El arte es siempre subjetivo. El más alto elemento de arte que una obra puede poseer, está en su mayor relación con la vida del autor, con sus impresiones, con sus sensaciones, con la comunicación más directa de su espíritu, con el espíritu de las cosas que le rodean. Son esas visiones y esas influencias las que modulan su espíritu y lo transforman, las que le dan el sello de la originalidad.

Manuel Bueno es, ante todo, un psicólogo; para él, como para Mauricio Barrés, lo más importante son las almas. Penetrar en ellas, estudiarlas y revelar su misterio, esa es su tarea.

Los personajes de ese libro, son tipos vulgares, mediocres, seres resignados y sin aspiraciones, agobiados bajo un cúmulo de supersticiones, costumbres y vicios tradicionales. No hay entre ellos un solo rebelde. Si retroceden ante alguna resolución, es por miedo al porvenir, porque, como dice Materlinck, nuestro sistema nervioso está incompleto, carece de un sentido que nos muestre la perspectiva de lo venidero, así como llevamos en nosotros la huella de lo pasado.

De la lectura de *A ras de tierra* se deduce una dolorosa impresión. Pasa ante nosotros una serie de personas cuya vida es completamente inútil cuyos pensamientos están dominados por el instinto, y que sienten su inferioridad, soportándola con resignación.—La pluma varonil del escritor narra esas vidas con benévolo desdén, no las desprecia, pero tampoco puede amarlas; las compadece. Son hombres pequeños que se ven en grandes trances. Esto los acerca algo a la caricatura, como le ocurre al bueno de don Cristóbal Medina, y me hace pensar en alguna página de Goya, de aquellas en que tan íntimamente mezclado está con lo sublime lo ridículo.

Hay en el libro dos cuentos (*La sombra de Hamlet y Destierro*) verdaderamente hermosos, en los que se refleja la extraordinaria cultura del autor, cultura, que digan lo que quieran los que de ella carecen, es la base más sólida y necesaria, y esa cultura, unida a su absoluto dominio del idioma, es lo que hacen de Manuel Bueno un alto escritor y uno de nuestros primeros cuentistas.

BERNARDO G. DE CANDAMO

CORRESPONDENCIA PARTICULAR

F. G. S.—¿Es usted el inventor del Laberinto de los cascabeles? No hemos podido leer eso que manda por miedo a perder la vista y la razón. En esa forma no escribe nadie. Ya lo sabe usted para otra vez.

J. C.—Aquí juzgamos los trabajos aisladamente, con arreglo a nuestro humilde criterio, sin meternos en más historias. Lo que nos parece malo, malo, y lo que nos parece bien se publica. En este número hallará usted la prueba de nuestra imparcialidad *La Caída al descubierto*, rechazada aquí y publicada... no sé dónde, es una sublime tontería, llena de incorrecciones que por lo visto no ha notado el Director de ese periódico, cuyo recorte envía. Allá él. En cinco redondillas no hay más que siete asonancias imperdonables. Si esto es versificar bien... perdone usted, Campoamor.

Paco Pico.—*Colmedar de Oreja*.—¿Usted cree que esas cosas del polvorín se pueden tomar en cómico, alma de Dios?... ¿Y con estos versos?...

El cielo se puso oscuro
como ceniza de cisco
según dicen; no lo he visto
pero así me lo figuro.
Ya digo que no lo vi
porque yo estaba soñando
cuando el ruido tan nefando
y la explosión no sentí.

Que no lo haya usted visto no tiene nada de particular, pero que no lo haya usted oído viviendo en Colmenar de Oreja... parece mentira. Lo que sí tiene gracia es eso de llamar terrible *mendruco* a un proyectil. ¡Mendruco!...

M. D. B.—Sentimos mucho la enfermedad que aqueja a nuestro querido colaborador, cuyo restablecimiento deseamos sinceramente y sentimos que usted no haya seguido, en la sustitución, el camino del distinguido escritor. La índole especial del artículo, las visibles transparencias que contiene, lo apartan de nuestras columnas. De otro modo, honrándonos en ello, le hubiéramos complacido con mucho gusto.

PLÁCIDO EL MULATO.—«Una pequeña y pintoresca aldea...» ¡Buen principio! Un endecasílabo, cinco palabras, tres asonancias; es para desconfiar de la limpieza de la prosa ¿No le parece a usted...? Pues además es largo y además es usted el único que envía el trabajo en copias de papel de seda, difíciles de leer y desesperantes para la imprenta. Quédense usted con ellas y mande los originales, que es lo lógico. ¿No se le alcanza a usted el riesgo que corren las cuartillas de papel de seda?... ¿El Intruso es de usted? Pues para usted.

M. D. F.—No sirven. ¡Cuidado con los arruyos de las tórtolas!

J. F. C. A.—Se publicará.

EL TROMPETA.—Venga la firma; se publicará en el próximo número. Siento que el Director de ese periódico madrileño a que usted se refiere ande *tan ligero de ropa*. No hace falta ser una *lumbreira* para advertir defectos de ese tamaño.

R. L.—Tiene muy poca novedad y muchas sinalefas que hacen *cojear* los versos. Vista por otro lado resulta una *mijita cursi*.

R. C.—*Madrid*.—Hombre, salir ahora escribiéndoles versos a las golondrinas... me parece una vejez. El verbo *grabar* se escribe con b.

E. G.—No haga usted *monologuitos* como ese ni escriba las palabras *brebidad* y *abjuntó* de este modo; lo primero es perjudicial para la salud y lo segundo es poco *higiénico*.

MI NIÑO.—*Málaga*.—(Adopto este seudónimo para escribirte con libertad). Te perdono por esta vez; vuelve a mi «gracia» pero ¡cuidadito! No seas travieso, regañón ni descontentadizo y respeta los sanos consejos de tu señor padre. Veo que te aludes solito en lo del *curda*. ¡Ah, tunante! ¡La conciencia!... El artículo *¡Destichados!* es muy malo é indigno de tu pluma. No tiene ni pizca de gracia; en cambio está lleno de atrevimientos... que no podemos publicar porque hay que respetar creencias, etc., etc. Lo otro, ahí vá. Aguardo el retrato y corresponderé ¡Que seas bueno! Si sales bien de los exámenes te mandaré un reloj *de verus*. Adiós, monín.

UNA CUBANA.—Su carta viene a sumirme en un mar de dudas y confusiones ¿Quién es usted, señora que tales cosas me dice y tales recuerdos amargos lleva en el alma? Desisto de mi carta anunciada; ahora y ya en el secreto, resultarían mis bromas de muy mal gusto. Respeto sus pesares y retiro todo lo que haya podido mortificarle, pareciéndole una crueldad. El *alguien* de la segunda fecha era un político *malagueño con lentes*... No hay duda. Pero ¿quién era el poeta llorado?... Aquí debemos de recordarle seguramente. Si usted quisiera darme algún indicio... Soy más curioso que ellas y me devora la ansiedad de saberlo todo. ¿Me invita usted al combate?... ¡Jamás!... Luchar con una mujer de su entendimiento sería una insensatez. Usted no me conoce señora ¿verdad que no? ¿Quiere usted explicarme eso de la «apuesta con una persona de mi amistad»?... No he estado en mi vida más intrigado.—BELISARIO

MADRID
Tres meses, 3,50 ptas.—Sels id., 4,50.—Año 8.
PROVINCIAS
—; Semestre, 5 ptas.—Año, 9. ;—
Anuncios españoles: Ptas. 0,25 línea de 45 m[m]



UNION POSTAL
—; Un año, 15 pesetas. ;—
VENTA
Número corriente, 0,15; atrasado, 0,35
Anuncios extranjs.: Ptas. 0,35 línea de 45 m[m].

SE SUSCRIBE EN LA ADMINISTRACIÓN Y EN LAS PRINCIPALES LIBRERÍAS DE ESPAÑA Y AMÉRICA

CARLOS AUBERT • LAS NOVELAS AMOROSAS • Quince céntimos.

Bazar de Camas de la Latina

1, PLAZA DE LA CEBADA, 1

Fábrica: CALLE DE SEGOVIA, NÚM. 29

Camas — Colchones de muelles. — Colchones de varios sistemas.
Nadie puede competir en precios con el Almacén

➔ 1, PLAZA DE LA CEBADA, 1 ➔



PERFUMERÍAS Y DROGUERÍAS

LA LECTURA

REVISTA DE CIENCIAS Y DE ARTES

Director: FRANCISCO ACEBAL

Cada número consta de 150 á 160 páginas en 4.º, impresas sobre papel couché.

PRINCIPALES COLABORADORES

Los Sres. Altamira, Benavente, Bernete, Bueno (M.), Buylla, Calleja, Carracido, Conde de las Navas, Dorado, Esquerdo, García del Real, Labiada, Lampérez, Mariani, Martínez Sierra, Marquina, Maura, Mérida (J. R.), Moret, Navarro Ledesma, Ortega Morejón, Picón, Posada (A.), Pulido, Ramón y Cajal, Rodríguez Moureló, Sánchez Toca, Tolosa Latour, Unamuno, Valera, Vera (V.) y Zeda.

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN EN ESPAÑA Y PORTUGAL

Un año, 24 ptas.—8 meses, 16.—4 id., 8.—Número suelto, 2,25.

En los países de la Unión postal, los mismos precios en francos.

Divíjase la correspondencia al Administrador D. CLEMENTE DE VELASCO, Cervantes, 30, MADRID.

ANTONIO FERNÁNDEZ

CAPATAZ DE MADRID CÓMICO

Vende en su puesto, Mayor, 6, los principales diarios de provincias, y solicita el envío de cuantos periódicos de importancia se publiquen fuera de Madrid.

Talleres de fotograbado

DE LOS SUCESORES DE

E. Páez

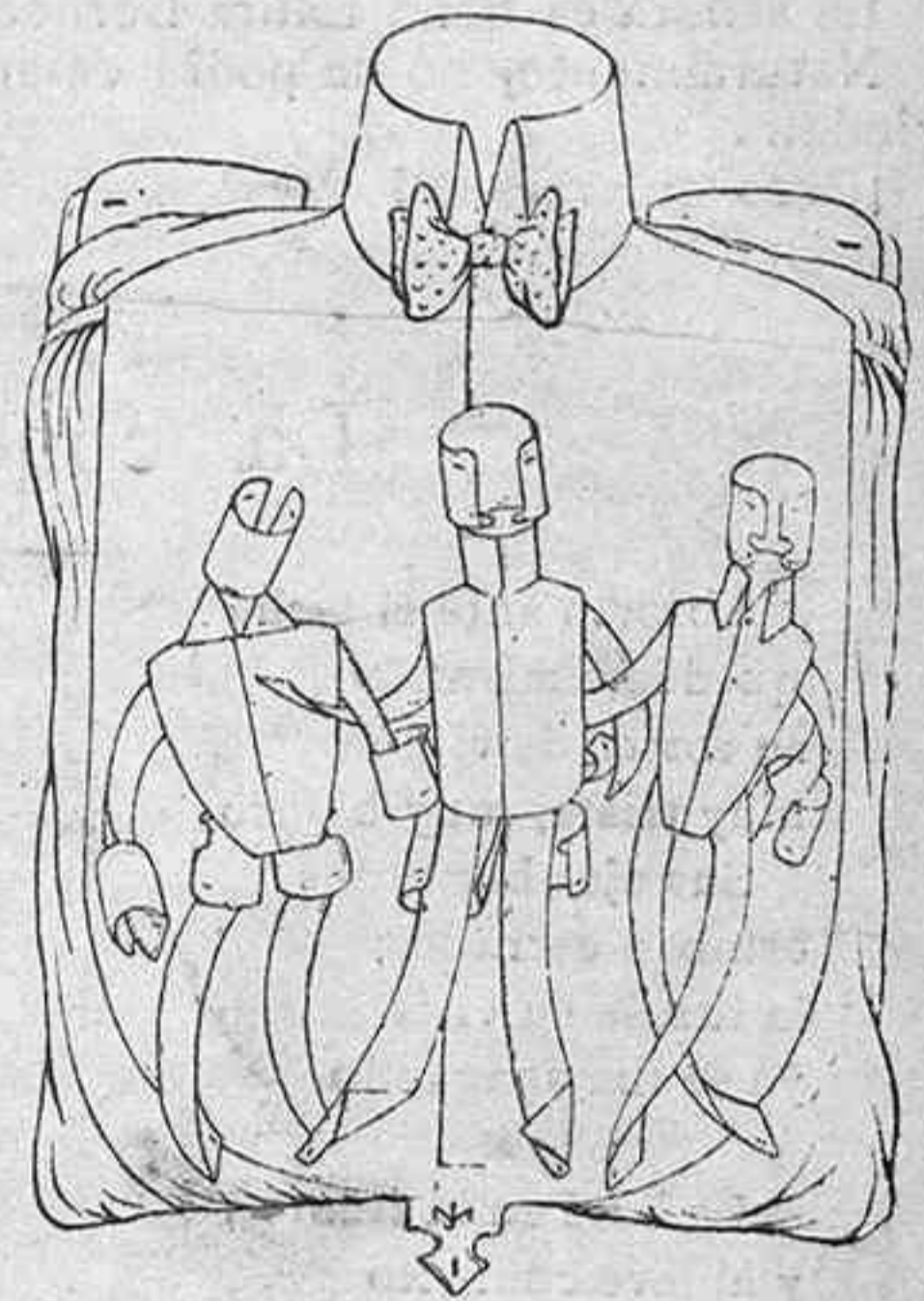


Fotograbado directo y de línea
Cincografía—Cromotipia.

PRECIOS SIN COMPETENCIA
DESCUENTOS
PARA CATÁLOGOS Y REVISTAS
ILUSTRADAS

33 — Quintana — 33
MADRID

YO LO HARÍA



Si se pudiera escribir
con estrellas en el cielo,
pondría en él, que MARTINEZ
es el mejor camisero.

2, San Sebastián, 2.



BERNABÉ MAYOR
3, ESPARTEROS, 3
MADRID

Almacén de material y aparatos
para telefonía, telegrafía, campani-
llas, pilas, hilos cables, pararrayos,
etcétera, etc.
Ferretería, metales, utensilios de
cocina.

LUZ ELÉCTRICA

Catálogos ilustrados gratis.

SERVICIOS
FÚNEBRES

La Soledad

DESENGAÑO - 10.
TELÉFONO
205

MATÍAS LÓPEZ. — Chocolates, Cafés, Dulces. — Oficinas: Palma Alta, 8. — Depósito: Montera, 25. ➔